

entonces no había conocido, dió vueltas y más vueltas en su lecho hasta la mañana, y sólo cuando ya el resplandor de la aurora iluminaba su aposento, pudo conciliar el sueño y descansar.

## IX

Lo que había pasado entre Regina y su marido lo habría comprendido fácilmente una persona menos cándida que Edmea. Sin alardear de adivino, cualquiera hubiera podido, al celebrarse el matrimonio, decir su horóscopo á los dos esposos.

Regina, al partir para París, iba derecha al encuentro de su desventura. Ella misma colocaba á Fernando en medio de las tentaciones peligrosas; le volvía á poner en la corriente de la mala vida. ¿Cómo no había de dejarse llevar otra vez por la corriente? En Croix-Mort, en la soledad inactiva de la vida de los campos, amar á Regina hubiérale parecido acaso una ocupación deliciosa. En París, donde las comparaciones entre las mujeres jóvenes y distinguidas y la provinciana de treinta y ocho años eran terribles, ni un instante pensó que debía ser fiel á su mujer.



La Baronesa, sin embargo, auxiliada por su buena educación, se había acomodado desde el primer día al diapasón. Cambió de costumbres con una rapidez asombrosa. *Toilette*, trajes, lenguaje, ademanes, todo lo modificó en una semana, y pudo aparecer en el mundo sin temer los rigores y las malicias de la crítica. Hay provincianas en París, pero hay parisien-ses de provincias. Regina fué una perfecta parisiense, y no hizo mala figura, sino todo lo contrario, en la sociedad.

Su marido la había lanzado en ese mundo, mitad aristocrático, mitad financiero, que es la tierra prometida del placer. En ninguna parte se vive más distraído que en esa sociedad escogida, en que la elegancia es un poder supremo, la riqueza una fuerza y la audacia el medio de poder llegar á todo. La apariencia supera á la realidad. No se penetra hasta el fondo de las cosas. Respetad lo que se diga y haced lo que os parezca, usando habilmente el disimulo, y nadie tendrá que decir una palabra. No se sufre lo que está probado, lo que es claro y evidente, pero se tolera todo lo que es dudoso. No es ni la aristocracia ni la clase media; es un compuesto de una y otra, frecuentado por artistas, hombres políticos y extranjeros amables y millonarios. Es la amalgama social de todas las personas amantes

del placer, pertenecientes á cualesquiera de las categorías mundanas. La consigna es *divertirse*: exposición, venta, concierto, paseo, carrera, espectáculo, baile, donde todo el mundo se encuentra, se saluda, se sonríe, se ama, se lisonjea ó se desuella en una intimidad fundada en la costumbre. Siempre las mismas figuras, siempre las mismas diversiones; una existencia que se desliza brillante, aparatosa, como esas gasas que dan vueltas en el escenario de los teatros para imitar el agua de las cascadas.

Los Barones de Ayères, ricos, elegantes, de buen tono, fueron recibidos por ese mundo con los brazos abiertos. Fernando había logrado triunfos de gran resonancia antes de su metamorfosis. Volvió, pues, á ese mundo, triunfante otra vez, con la aureola de un ventajoso matrimonio concertado en provincia, y que por esto mismo era más brillante y esplendoroso. Desde los primeros días se entregó á ese mundo encantador, y le siguió Regina.

La vida de ésta fué entonces, como ella la describía en sus cartas á su hija, agitada, bulliciosa, toda movimiento; un viaje delicioso por el país de los placeres, y cuyas principales estaciones habían sido París, Niza, Trouville, y el punto de llegada el mismo de partida: Croix-Mort. ¡Qué cansancio y qué esfuerzós! Regina



había perdido la salud. Fernando había recobrado todas sus fuerzas. Al cabo de algunos meses, la Baronesa hubo de renunciar á continuar el camino al mismo paso que su compañero. Él tenía un vigor que parecía aumentarse con la fatiga. Regina le otorgó la libertad de ir solo adonde quisiera, para tener así ella el derecho de descansar.

El bello Fernando se acomodó maravillosamente á su situación de marido independiente. Á la verdad, nunca se había encontrado en otra mejor; á la vez los beneficios del matrimonio y todas las ventajas de la libertad. Ese era, en efecto, su sueño durante los ocho días de aburrimiento que había pasado reflexionando en su gabinete de *La Vignerie*, antes de decidirse á pedir su mano á Regina.

¿Qué jovencita le hubiera podido llevar en dote semejantes ventajas?

Al principio tuvo algunas atenciones con su mujer, y le guardó ciertas consideraciones. Hacía sus conquistas misteriosamente. Afectaba tratar á Regina como á una madre alarmada á quien hay que ocultar las calaveradas de su hijo.

Poco á poco fué descuidando estas embarazosas precauciones, y ostentó descaradamente su buena fortuna. Entonces encontró algu-

nos baches en el camino, que trastornaron la marcha de su carro de triunfo.

El amor y el orgullo se rebelaron á la vez en la Baronesa. Ya había descansado un poco, y no aspiró á descansar siempre. Quiso combatir á sus rivales y entrar de nuevo en posesión de su marido. Pero la expropiación había sido definitiva. Fué preciso que se persuadiera de ello. Intentó resistir, recriminar, desesperarse. Esta táctica tuvo muy malos resultados. En tonces conoció con espanto un Fernando áspero y violento, que antes no había conocido. Le oyó decir palabras que hirieron á la pobre cruelmente en el corazón, dejándola una impresión imborrable. Tuvo un acceso de desesperación, y pensó en huir á Croix-Mort. Un resto de prudencia la detuvo.

Midió entonces la extensión de la locura que había cometido. Y razonando con frialdad, sin dejarse llevar de las consideraciones sentimentales á que era tan afecta, comprendió que, habiendo hecho un disparate casándose con Fernando, haría otro más grave todavía separándose de él. No había para ella otro recurso que la aceptación inteligente de su desgracia. Aparentar no saber que era burlada, recibir á sus rivales, ponerles buena cara: tal fué su regla de conducta. Si lloró en el silencio de sus



noches solitarias, fué éste un secreto revelado únicamente por el decaimiento de su pobre cuerpo enfermo. Continuó viviendo como antes. En vez de vivir así por gusto, vivió por prudencia.

Sin embargo, el bello Fernando, habiendo vivido ya mucho, habiendo amado mucho también, había llegado al cansancio y al hastio. Con disgusto se persuadió de que no experimentaba ya la más leve emoción cuando se empeñaba en una nueva intriga de amor. Antes le excitaba el atractivo de lo imprevisto, de lo desconocido, por la esperanza de una sensación no experimentada. Pero, ya hastiado, sabía que no podía esperar nada nuevo de lo desconocido. La mujer era otra, lo demás lo mismo: variaba el nombre, el color de los cabellos, la amplitud ó la esbeltez del talle, el sonido de la voz, la tela del vestido, pero nada más. Todas sucumbían, después de iguales vacilaciones de coquetería refinada y con el mismo falso pudor. No encontraba siquiera, como cuando Regina, lo pintoresco de un traje de fantasía y el cuadro de una tormenta de agua descargando torbellinos de aire helado; todo era sencillo, banal, ya visto, ya sentido cien veces: el adulterio friamente correcto.

Por más que hizo, no logró salir de ese es-

tado. Quiso hacer arder su sangre, pero no consiguió nada. Era de hielo, sin entusiasmo, sin pasión, discurriendo sobre todo lo que debía hacer, pero sin volver á sentir aquellos hermosos arrebatos apasionados, aquellos ardores de la carne que le hacían tan dulce el amor. Educado en ese medio brillante y gangrenado, viviendo así hacía veinte años, habiéndose arruinado dos veces, es decir, habiendo tenido dos ocasiones de medir la extensión del egoísmo y de sondear la profundidad de la ingratitud, hastiado hasta la médula, sintiendo en sí mismo fuerzas sobradas, pero careciendo de apetitos para usarlas, Fernando había llegado al punto en que el hombre, víctima del *spleen*, cuando no se levanta la tapa de los sesos, cae en las monstruosidades del vicio.

El inmortal Goethe presentó á Fausto hastiado de todo, habiendo envejecido sobre los libros para llegar á la negación de la ciencia, sin esperanza y sin ilusión, vendiendo su alma á Satanás por una suprema emoción, por un postrero goce de amor. Fernando, viejo con sus cabellos dorados, el corazón inerte y muerto en su cuerpo sano y vigoroso, era una especie de Fausto minúsculo y modernizado, dispuesto al pacto infernal, dispuesto á todo por una peripecia inesperada en su existencia, por



un deseo que le avivara la sangre, por una pasión que le hiciera vivir. ¡Margarita, si la encontraba fresca, casta y pura, no sería sagrada para él! Osaría impudente ofrecerle su mano, hablarle al oído y esforzarse en seducirla, aunque fuera en el pórtico de la iglesia, aunque fuera en la habitación llena de recuerdos de su madre y de su hermana menor.

Había llegado al excepticismo absoluto. No creía más que en su placer, y le importaban muy poco todos los demás seres y todas las demás cosas. La humanidad le parecía creada para su exclusiva satisfacción. Su capricho era un dios al que lo sacrificaba todo. Tenía un código especial, cuya única prescripción era no hacer nada contra el honor. Pero el honor no es la honradez. Y se reservaba el derecho de cometer las más culpables acciones, considerándolas jovialmente amables pecadillos.

En la fiebre de su existencia mundana, había conseguido hasta entonces vivir aturdido, más que entretenido, por una sucesión de agitaciones que no le dejaban tiempo de refrescarse y serenarse. En Croix-Mort, á las pocas horas, comenzaba ya á sentir la pesadumbre de la soledad. Allí se encontraba enfrente de sí mismo. No distraían sus ojos la proximidad de espléndidos vestidos de mujer perfumados,

ni ocupaba su imaginación el rumor de picante conversación. No tenía más horizonte que el cielo inmóvil y la negra hilera de los árboles del parque. Y á su rededor un silencio profundo, grave, que convidaba á la meditación.

Pensaba en esto paseando por la terraza, y despidiendo el humo de su cigarro. Apoderábase de él sombría melancolía á la vista de aquel castillo, en cuyo interior debía vivir algunos meses. Y solamente la imagen de Edmea, involuntariamente evocada, proyectaba alguna claridad en medio de aquellas sombrías tinieblas.

Ella le odiaba, él lo comprendía, y además, ella misma parecía empeñada en que no lo ignorase. Y paseando despacio sobre la arena que crujía bajo sus pies, se complacía en recordar el tiempo pasado. ¿Por qué la belleza y el encanto de aquella criatura no le habían impresionado cuando llegó por primera vez á Croix-Mort? ¿Qué diferencia, si se hubiera enamorado de Edmea y se hubiera casado con ella! En vez de esta mujer, tan súbitamente aviejada, como una muralla agrietada que se derrumbaba, tendría una joven compañera que marcharía al mismo paso que él, que no le dejaría sólo, fatigado, hastiado. Hubieran tenido hijos. ¡Hijos! ¡Niños tiernos, frescos y sonrosados, jugue-



teando como pajarillos, y acariciándole con sus manecitas redondas, suaves y pequeñitas! ¿Quién sabe si la paternidad no hubiera hecho volver á florecer aquel corazón marchito?

Pero no había remedio. Llevado de sus hábitos de pasiones insanas, siempre había pasado indiferente junto á la felicidad tranquila y regular. No había pedido al amor otra cosa que la voluptuosidad. Y con profunda amargura advertía que estos mismos goces de la voluptuosidad le parecían envenenados, y no hallaba en ellos más que disgusto y hastío. Hasta media noche estuvo paseando en la sombra á la orrilla del agua tranquila, intentando en vano calmar el dolor exasperado que le consumía, procurando convencerse con razones, y no hallando otros argumentos que blasfemias.

Edmea, después de la agitada noche que había pasado, se despertó, oyendo bajo su ventana el ruido que hacía el jardinero apisonando la arena de la terraza. El sol entraba á torrentes en su cuarto; miró el reloj con inquietud. Eran las ocho. Para reparar la fatiga de la noche anterior había dormido algo más que de costumbre. Vistiose de prisa, y bajó á inquirir si las criadas estaban preparando ya las faenas de la casa. En toda ella reinaba completo silencio. Solamente las ventanas del cuarto del

Barón estaban abiertas. Edmea le vió aparecer bien pronto. Se acercó á ella, y hablando con amable familiaridad, le dijo:

—Veo que Vd. y yo somos aquí los únicos á quienes gusta el aire de la mañana. Su madre de Ud. estaría cansada del viaje, y estará durmiendo hasta muy tarde... He mandado venir al guarda antes de almorzar, porque tengo que arreglar con él el orden y la marcha de la jornada de mañana... ¿Es Ud. aficionada á la caza, Edmea?...

Por primera vez llamaba á la joven por su nombre, lo que no gustó mucho á la aludida. Arrugó las cejas, y contestó secamente:

—No.

—Algunas de las señoras que esperamos esta tarde están familiarizadas ya con los tiros. Creía que á Ud. le agradaría el ejercicio de la caza, porque Regina me ha dicho muchas veces que estaba acostumbrada á recorrer el monte con esa especie de oso que se llama Billet...'

Edmea miró fijamente al Barón al oír estas palabras, y contestó:

—Es verdad que cuando yo era pequeña, Billet, siempre bueno para mí, me acompañaba constantemente. Es un antiguo servidor de la familia. Su padre murió en nuestra casa, y yo



agradeceré á Ud. mucho que le trate con consideración... Cuando le vea Ud. en el desempeño de su cargo, estoy segura de que le estimará Ud.

—Me basta que Ud. lo desee para que sea así—respondió Fernando.—Es el criado predilecto de Ud., y ese es el mejor título que puede presentar á mis ojos para que yo le considere.

El Barón dió algunos pasos.

—Voy á llegar hasta la punta del estanque. ¿Me acompaña Ud.?

—Dispense Ud.; pero subo al cuarto de mi madre, por si me necesita.

—Muy bien.

La saludó con una amistosa sonrisa, y se dirigió adonde había dicho.

Edmea le siguió un instante con la vista. Iba andando firme y ligero. Sus anchas espaldas se destacaban sobre la verdura de los arbustos. Tenía toda la apariencia de la juventud. ¡Qué contraste entre la pobre Regina, tan pálida, tan debil, y aquel vigoroso Hércules que respiraba salud! Edmea suspiró, pensando en el porvenir de tristezas y amarguras que esperaba á su madre; y, preocupada, entró en la casa.

Encontró á la Baronesa repuesta después de un largo sueño, muy alegre, y viéndolo todo de color de rosa. No cesaba de alabar la admirable

tranquilidad de Croix-Mort. Ningún ruido debajo de las ventanas, nada de riñas de noche, ni el fatigoso rodar de los carruajes. Este profundo silencio le había extrañado un poco al principio; pero luego le había parecido delicioso. Ya había escogido muchas joyas entre las que había traído, y allí las tenía para ofrecerlas á su hija. También quería que eligiese vestidos en los armarios. Edmea se negó. No quería joyas ni vestidos. Quería presentarse siempre como se había presentado al recibir á su madre la tarde anterior. No quería cambiar de traje. Para no contrariar enteramente á su madre, tomó un brazalete de oro, adornado de rubies y zafiros, regalo de su padre á la Condesa de Croix-Mort. Este brazalete era un recuerdo de la infancia para Edmea; cien veces cuando niña se le puso, y se miraba con él puesto en el espejo, jugando á imitar á las señoras mayores. Se le puso con emoción, y dijo que lo estimaba más que el mayor tesoro que se la ofreciera. En cuanto á los vestidos, no aceptó ninguno, porque todos le parecieron demasiado adornados para ella.

—Tengo un vestido de muselina blanca—dijo—que me está bien, me parece...; algún día me le pondré para dar á Ud. gusto.

—Sí, quiero que vistas, como puedes, con ele-



gancia—observó la Baronesa con insistencia:— debes presentarte como corresponde á una joven de tus circunstancias.

Estas palabras sorprendieron á Edmea, que miró á su madre. Entonces, ésta, á vuelta de numerosos circunloquios, le expresó que quizá habría para ella ocasión de hacer un buen casamiento. No quería alarmarla, porque nada había decidido; sin embargo, entre las personas que debían llegar á Croix-Mort habría algún joven que fuese un partido conveniente, y era preciso que, para este caso, cuidase ella de su tocado, como hacen todas las jóvenes casaderas.

Esta confidencia, hecha súbitamente sin preparación, llenó de dudas y confusiones á la joven. Experimentó una dolorosa conmoción. Juzgó su seguridad gravemente amenazada. Sumadre advirtió el trastorno que se operaba en su fisonomía; la preguntó riendo si le parecía por ventura tan peligrosa la perspectiva de tener marido. Edmea movió la cabeza como para quitarse el peso de los sombríos pensamientos que la atormentaban, y con voz lenta y sonora, sin darse cuenta de la transcendencia de sus crueles palabras, contestó:

—¿Cómo no he de alarmarme? ¿No sé acaso cómo se puede caer en un error terri-

ble, y cómo se pueden sufrir las consecuencias?...

En un instante la Baronesa sintió toda la intensidad de sus propias penas; su vida perturbada y miserable se ofreció toda entera á su vista; comprendió que las miradas penetrantes de su hija habían profundizado hasta el fondo de su corazón, y llorando y con los labios temblorosos, exclamó:

—¡Edmea! ¡Edmea!

Con la apasionada vivacidad, que era uno de los encantos de su naturaleza, Edmea abrazó amorosamente á su madre, y dándole dos sonoros besos, le pidió perdón. La pobre y orgullosa Regina, después de haberse dejado sorprender por la respuesta de su hija, quiso intentar engañarla. Le afirmó que era dichosa y que nada faltaba á su felicidad. El señor de Ayères era excelente persona, que la colmaba de delicadas atenciones, siempre cortés y galante. Edmea aparentó aceptar como ciertas estas declaraciones, y se alejó, deseosa de no tener que disimular sus sentimientos, ansiosa de encontrarse sola.

Se refugió en su taller, y allí, sola, procuró ordenar sus ideas. ¿Conque su madre quería casarla y elegirle un marido ciertamente entre los hombres de su mundo; es decir, cortado por



el patrón del Barón, que había sido para ella el resumen de todas las perfecciones físicas, puesto que había cometido la locura de casarse con él, y de toda la sublimidad moral, puesto que acababa de hacer de él el más cumplido elogio? Edmea tembló de cólera. Había sentido profunda compasión hacia su pobre madre, y habíase manifestado con el Barón más amable de lo que quisiera ser. Pero se sentía capaz de todas las resistencias, si se intentaba violentar su voluntad. Un nuevo Fernando en la familia sería demasiado, y no podía ni pensar siquiera que podría verse unida al destino de un ser vacío, inútil y vano tal como aquel hombre tan hermoso...

Y, además, ¿para qué casarse? ¿No era ella libre y feliz?... ¿Sentía acaso la necesidad de arrojarse á su vez en ese gran horno parisiense que secaba los cerebros y los corazones? ¿Era por ventura envidiable la existencia de los nuevos elegantes amigos de su madre? ¿Era preciso para vivir aceptar ese yugo estúpido y pesado de la moda eleyada á ley suprema?

En pie, cerca de la ventana, veía extenderse ante ella las profundidades del bosque silencioso. El cielo copiaba en el estanque su azul matizado de ligeras nubes. Y gallardos, blancos y arrogantes, los cisnes se deslizaban

sobre las aguas frescas y limpidas. ¿No era ella como ellos? ¿No tenía ella también su blancura y su altivez? ¿No necesitaba la pureza y la frescura para poder vivir?

Aquel espectáculo, en aquel momento, le pareció un aviso del cielo. No; ella, la hija de los bosques y los montes, no se dejaría arrancar de su querida residencia de Croix-Mort, y planta de aire libre, no se consumiría en la estufa sofocante, donde se deshojaría y marchitaría.

Resuelta ya, se sintió más tranquila. Pasó las horas paseando por el parque, á orillas de la Divonnette, con la Baronesa, haciéndola posesionarse nuevamente de su propiedad, llevándola donde más aire y más luz había, para que cobrase fuerzas y pudiera resistir la agitación, que volvería á empezar para ella en cuanto llegasen los esperados huéspedes. Durante aquellas horas, su madre le perteneció mucho más que en todos los años anteriores, y Edmea experimentó una grande alegría. Pero á las cinco la fiebre de París volvió á apoderarse de Regina, traduciéndose en la impaciencia con que esperaba el regreso del coche que había ido á la estación del ferrocarril á recoger á los viajeros. La Baronesa esperaba inquieta en la escalinata, con los ojos fijos en la avenida.



En fin, á las seis oyéronse los cascabeles y campanillas de los caballos, que sonaban alegremente, como anunciando la fiesta; el bello Fernando, que no se había presentado desde que acabó el almuerzo, acudió radiante, y en una nube de polvo se detuvo el *break*, apareciendo las más animadas figuras que pueden imaginarse, y estallando tumultuoso vocerío de saludos y exclamaciones.

Mujeres elegantemente vestidas de viaje, bajaron del coche ligeramente, dejando ver sus medias de seda en una nube de enaguas blancas. Los hombres, con la roseta en el ojal, bajaron después. Hubo abrazos, besos, apretones de manos. Y la señorita de Croix-Mort, sola, relegada á un sitio apartado, vió el castillo ocupado por aquellos bulliciosos invasores, que se esparcieron por las escaleras, los gabinetes y los salones, con ruido, con canciones, con risas, que los ecos de la vieja residencia señorial repetían asombrados.

Edmea, desde aquel momento, comprendió que ella era la que se podía considerar una extraña en su propia casa.

## X

Los dos meses que pasaron después de la llegada de la primera tanda de convidados, á la que siguieron otras, produjeron en Edmea el efecto de un sueño. Podía figurarse que había dormido, y que durante su sueño había desfilado por delante de sus ojos una turba estraña en una decoración hecha expresamente para las circunstancias, porque no reconocía el castillo donde había sido educada, y cuyo aspecto había cambiado completamente.

Durante sesenta días, no había cesado allí el movimiento, un ruido, una fiebre de que no se tenía idea en Croix-Mort. Todos los días cambiaban de sitio los muebles, según el capricho de los momentáneos habitantes del palacio. Y el piano era llevado de una parte á otra, habiendo ocupado sucesivamente todos los sitios del salón, el testero, los ángulos, delante de los balcones...

De la mañana á la noche se hablaba, se cantaba, se corría, se galopaba, se cazaba, se co-